

Entre dos ruinas

Más acá
entre almohadones amanecidos,
duerme una mujer en su cuerpo
como dentro de una habitación prestada
que huele a cansancio y almizcle.
Es un sueño dentro de un sueño,
un velero que al alejarse
se hace imagen, línea, recuerdo, nada.

Mas allá
los amigos, dulces, profanos y encendidos,
vuelven de un breve silencio
(siempre es necesario un paréntesis
para regresar a la orgía):
intercambian sílabas húmedas
fuman uno a uno sus fracasos
bailan con el cuerpo del delito
sueñan que sus primas no son sus primas
recitan sus epitafios en voz baja
escuchan las confesiones de otros asesinos
deambulan por las pupilas ajenas
lloran porque nunca más verán La Habana
niegan todo lo que he escrito.

Más acá, ella se acerca a la muerte.
Más allá, ellos se alejan de la vida.
Yo como un joven poeta
observo la noche escurrirse
como una balada entre dos ruinas.
Quizás más que balada sólo fue un largo suspiro.

Carlos Roberto Gómez Beras*

*Nos honra que el poeta rompa su silencio de quince años a través de las páginas de **Ceiba**.

A veces uno toca un cuerpo

(Homenaje a Homero Aridjis)

Hoy he tocado un cuerpo
y el cuerpo otorgó silencioso
sus fronteras transparentes,
el himno de sus respiros
y la bandera negra de su cabellera
como un ser perdido
que sin saberlo se rinde.

Hoy he tocado un cuerpo
y mi mano, ave cansada,
se posó sedienta y leve
como el ojo sobre una página
que todavía no ha sido escrita.

Hoy he tocado un cuerpo
y el cuerpo calló de un grito sordo
las veces que la noche lo hizo abismo,
las huellas intermitentes de quienes lo ha recorrido,
los surcos indelebles de tantas despedidas,
y los enigmas que el jabón deja en la espalda.

Hoy he tocado un cuerpo.
Mañana, tal vez tú tocarás el mío.
Yo tampoco diré nada

Carlos Roberto Gómez Beras

**Viernes de Dolores
en la plaza del Mercado de Ponce**

Hoy subo a la plaza
del mercado. Es viernes
comerciantes todos
sus productos venden.
Abajo me espera
un hombre cualquiera.
Su deseo no puede
subir la escalera.
Los ojos me hieren
como una tragedia.
Viernes de Dolores.
¿Quién está allá afuera?

Margarita Sastre de Balmaceda
10 de abril de 2007

Ciego sin nombre

En una calle corta
como todas las vidas
me encontré con un ciego
con visión de profeta.
Me pregunto si tiene
paz en el alma
tras sus ojos perdidos,
mirada blanca.

Margarita Sastre de Balmaceda
5 de mayo, 2007

**a Marilyn de Ponce,
deambulante embarazada**

Te encontré en la calle,
como un sueño extraño,
sin explicación.
Tus brazos marcados.
En tu vientre un ángel,
capullo de flor.

Margarita Sastre de Balmaceda
10 de agosto de 2007

Bala perdida

David Caleb

El día 13 de julio de 2007, un niño de 14 años llamado Felipe asoma su ojo izquierdo por el lente del telescopio que le había regalado su padre tres años atrás, justo antes de abandonarlo a él y a su madre por una prostituta asiática. A tres centímetros al norte de Polaris, avista un cometa casi inexistente. No era una estrella fugaz, ni basura sideral, sino más bien una imperfecta línea moviéndose lentamente. Felipe retira su ojo por un momento, observa el cielo a ojo desnudo, y vuelve a colocarlo en el lente. La línea ha desaparecido. En la naturaleza no existen líneas perfectas.

Te bajas lentamente del techo de tu casa. Para ello usas la escalera de madera que tu padre dejó en la parte de atrás. El telescopio se queda en el techo, porque sabes que esta noche no lloverá. Aterrizas en el patio, la hierba bastante crecida, por aquello de aumentar la producción de oxígeno en el vecindario. Tu madre quiere que lo cortes. Pero tú sabes que el silencio es la más letal arma de los parientes del ocio.

-Ma, ¿viste el cometa?

Preguntas porque sabes que no habrá respuesta. Tu madre sigue lavando los platos, entretenida con el sonido arrullador de *The Bold and the Beautiful*. Entrás a tu cuarto por la ventana abierta. Abres tu libreta de anotaciones y apuntas:

13 de julio de 2007

Cometa avistado: Felipe 124-TM

-¡Felipe! ¡Saca la basura!

Obedeces por libertad de ocio. Cuando abres la puerta con la bolsa de basura en la mano, recibes un impacto en la parte trasera de la cabeza y duermes, sin saber que la basura que tiraste con tu caída fue opacada por el brillo incesante de tu sangre.

-¿Despertará pronto?

-No lo sé, Sra. Harris. Es muy pronto para saberlo. La bala sigue alojada en la parte trasera del cerebro, casi en el cerebelo.

-¿No hay forma de sacarla?

-No es posible sin matarlo.

En tu oscuridad había estrellas. Todos los días descubrías nuevas novae y galaxias con tu telescopio, desde tu punto astral en tu propio espacio sideral. Les dabas nombres a todos: Galaxia Rey Felipe II, Estrella Felipsis 32M-4, Planeta Feliplath Harrda... Flotabas en tu mundo, haciendo caso omiso de las voces que trataban de halarte hacia la luz.

Diste vuelta en tus talones y respiraste profundo. Lo dejaste salir suavemente creando una masa redonda que se convirtió en un planeta verde y azul, al que rellenaste con seres vivientes, brillantes y generosos, que le dieron aún más vida. Alzaste tus brazos y creaste nuevas inteligencias, razas y elementales para vivir en las nuevas galaxias. Bailaste en las puntas de tus pies, reíste como nunca y de tu risa surgieron leyendas como burbujas de jabón, polvo de estrellas, cohetes.

En tu oscuridad eras feliz. De repente, una fuerza desconocida comenzó a halarte. Regresa... Te sentiste de vuelta en el vientre de tu madre, en un hoyo negro y rojo, venoso, a lo largo del cual se desarrollaba una ventana de luz. La voz de su madre entraba por el agujero, que succionó a Felipe con violencia.

El niño despertó aturdido. Trató de girar su cabeza para observar su entorno, pero cuando se dio cuenta de que, entre el suero, las agujas y las máquinas, estaba completamente enchufado a su cama, desistió de la idea y cerró sus ojos nuevamente, tratando de volver a su espacio feliz. No pudo. Nunca más.

Como no podían operarlo, un mes y medio después, Felipe fue dado de alta y enviado a su hogar. Volvió a trepar al techo de su casa, buscando su cometa Felipe 124-TM. No lo encontró.

Esa noche.

-¡Virriakgun! ¡Gutten braignag hurrek naik!

La Sra. Harris se levantó estrepitosamente. Su hijo gritaba, eso era claro. Pero no era la voz de su hijo, ni provenía ésta de su habitación. Venía de la cocina. Se puso la bata y bajó las escaleras apresurada. Se quedó petrificada cuando entró en la cocina. Felipe tenía dos cuchillos en sus manos y se sujetaba con ellos en el techo. Sus ojos sangraban y de su boca salían palabras en voz de hombre de edad avanzada y en un idioma extraño.

-¡Varrkguen Isaac gutptaj shatten gijka! ¡Fruujku! ¡Frikkia!

La madre instintivamente tomó un sartén. Desde su posición en el techo, el niño saltó hacia su madre, cuchillos en mano. La madre le asestó un golpe con el sartén en la frente, enviándolo al suelo inconciente.

Cuando despertó estaba atado a una silla del comedor. Su madre hablaba por teléfono.

-¡Es como si tuviera el diablo por dentro!

-Tiene que calmarse. Acuértese del área en que se le alojó la bala. Esto es de esperarse.

-Lo que yo necesito saber en este momento es si esto va a seguir.

-Déle pastillas para dormir. No hay nada más que pueda hacer por el momento. Quiero ver a Felipe mañana a primera hora en mi despacho.

Pero Felipe no llegó esa mañana al hospital. Aunque su madre lo ató a la cama y le dio dos Valium, Felipe escapó durante la noche. Anduvo por la calle murmurando cosas, yendo de español a la lengua desconocida sin traducir. Balbuceaba su deseo de encontrar al genio maligno detrás de la bala, aquel desconocido que le dio la facultad de trepar paredes como caminarlas hasta voltearse boca abajo pegado a los techos. Quería saber quién era realmente su padre. Quería de vuelta su cometa.

Nébulas

David Caleb

Había una vez un mundo en donde los seres tenían los 7 chakras bien abiertos, todo el tiempo. Era un mundo de paz y armonía, porque no existía el dolor. Tener los chakras abiertos no dejaba que un ser le provocara dolor a otro.

Un buen día, sin embargo, un ente llamado Leroy, perdió el uso de su séptimo chakra, situado en la corona de la cabeza. Este chakra, es el último que se abre y el primero que se cierra, y sirve para conectarse con los dioses y con el resto del universo. Es el chakra de la inspiración y el pensamiento.

Inmediatamente, su chakra del tercer ojo se cerró, siendo éste el chakra de la perspicacia y la sabiduría. Leroy dejó de ver las maravillas a las que estaba acostumbrado, como los miles de acordes entre solamente dos notas del canto del ruiseñor, los 267 colores escondidos entre las franjas del índigo y del azul en un arcoiris, y los mensajes subliminales que traía consigo el viento. Su indignación lo llevó a perder el uso del chakra de la garganta, el del sonido y la verdad, y fue entonces cuando comenzó a decir mentiras, a sí mismo, y a los demás. Fue en este momento, que Leroy comenzó a corromper a muchos de los otros seres que quedaban con él en ese mundo.

Cuando los ancianos vieron esto, llamaron a Leroy con el poder de sus mentes. Pero no pudieron alcanzarlo, porque Leroy ya no estaba conectado al universo. Por ende, llamaron a todos aquellos seres que no estuvieran corrompidos por Leroy todavía, y con el poder de sus mentes, huyeron de este mundo, encerrados en burbujas de cristal que crearon meditando, llevándose en cada una de esas burbujas, un pedazo de la tierra para subsistir, elevándose para siempre hacia el infinito, cruzando las estrellas y sus nébulas.

De los que quedaron junto con Leroy, algunos trataron de abrir sus chakras nuevamente, pero no lo lograron, y por ello, tomaron sus vidas. Leroy siguió, sin embargo, descendiendo y perdiendo sus chakras. Quería saber adonde lo conduciría su pérdida. Cuando el chakra del corazón se le detuvo, sintió un odio arrollador llenarle las entrañas. Dijo que odiaba la humanidad, que odiaba a Dios, y que más que todo, se odiaba a sí mismo.

Cuando dijo esto, sus tres chakras remanentes, el del estómago, el del plexo solar y el de la base se hicieron pedazos. Una gran oscuridad lo envolvió... y se hizo hombre.